

ME VOY A SENTAR AQUÍ CONTIGO...

"-Padre, padre, me voy a sentar aquí contigo. ¡Necesito hablarte! Pero no temas, no pretendo arrellanarme en nuestro sofá viejo del cuarto de estar con el fin de soltarte un rollo triste. (Al menos, intentaré mantenerme positivo). Te quiero en frente para decirte 'gracias'.

He pasado una noche infernal, padre. Yo creo que aún peor que la del día Once, porque la noche fatídica estuve de voluntario, y no me ocupé de mis sentimientos. La noche horrenda no tuve tiempo de elucubrar, sólo me atuve a las instrucciones que me fueron dando para poder ser útil.

Ayer, en cambio, los teléfonos de voluntariado estaban saturados. Ayer no pude introducirme en las filas de los que ayudaban. Ayer tuve más horas para pensar que el día anterior; ayer sufrí.

Ayer, día de 'después' del Once de Marzo, volví empapado y tarde a casa. No estabais asustados, ni mamá ni tú, porque sabíais que había ido a añadirme a los miles de personas que queríamos mostrar nuestra repulsa a la violencia, que deseábamos sollozar por los inocentes, que teníamos que reclamar libertad y paz. No me llevé paraguas porque el metro está cerca de casa y me protegieron

los paraguas de los demás.

Las calles eran un bosque compacto de paraguas. La lluvia, en las horas que pasé en pie codo a codo con los compañeros de concentración, no me mojó; pero me empapé de lloros.

Padre, tú, que siempre has sido un titán solidario, te afligiste por no poder acudir a esta cita multitudinaria. Es verdad, padre: ¡el Parkinson es una soga que amarra fuerte! Pero a ti, aunque pienses que estás inmovilizado, a ti, padre, no ha conseguido atarte la enfermedad.

Sí, regresé empapado a casa ayer noche[^] porque Madrid sollozaba, de eso nos dimos cuenta todos; se dio cuenta la humanidad entera, - la humanidad de buena voluntad-. Y mamá y tú, cuando volví, estabais esperándome, con vuestro calor. Sabíais que a mí, personalmente, me afectaba un sentimiento de duelo incomparable, en mi vida de veinte años. Los tres pensábamos en Mateo, en mi amigo Mateo al que habíais visto tantas veces merendar una pizza conmigo; al que habíais soportado gritando en mi cuarto, peleándose conmigo en juegos incruentos en el ordenador, al que habías aguantado oyendo mi música - (que vosotros llamabais 'ruido')-- Mateo... ¿Verdad que no parece cierto, que ya no podáis escucharnos juntos, desbarrando sobre fútbol o sobre chicas?

Hasta ahora, no se me había ocurrido nunca, cavilar en lo que un padre puede llegar a querer. Hasta ahora yo he vivido en la inopia.

Pero, cuando recibí en la mañana fatídica de hace dos días la llamada a mi móvil del padre de Mateo, preguntándome si sabía algo de él... Cuando escuché aquella voz partida que sin embargo quería mantenerse firme, transmitiéndome por el móvil su 'suposición' de que su hijo no se había puesto todavía en contacto con él, porque estarían las líneas telefónicas saturadas... Cuando mi pulso comenzó a brincar al oír la voz de aquel hombre que tenía todas las esperanzas puestas en la salud de su chico... Entonces sí que pensé en el amor de un padre.

Mi amigo había salido de casa al amanecer para llegara; la facultad al otro extremo de Madrid...¡La voz quebrada de su padre, parkinsoniano también, me recordó a la tuya!. Recordé tu energía para luchar, tu angustia digna.

Y no he dejado de pensar en ti, padre. Cuando he acompañado al pabellón mortuorio del IFEMA al padre de mi amigo, he observado en él un dolor tan inmenso, una pena tan sin consuelo, ¡una angustia tan encerrada en las entrañas! ¡Lo que quiere un padre!

Un hombre que a mi lado no ha soltado una lágrima. ¡Te he visto a ti en el

padre de Mateo! Le he acompañado en mi cochecillo de segunda mano, y él se ha dejado llevar, se ha dejado agarrar del brazo como si le faltase la vista. Ha ido, disimulando su temblor e intentando no arrastrar sus pies por las baldosas brillantes del IFEMA. Ha ido abandonado a mí, él todavía con una expectativa en su corazón; todavía pensando en que la pesadilla sería un mal espejismo, que estar en el IFEMA sería un error...

Ahora, ya, sabemos que mi amigo no tendrá nunca más cobertura en su móvil. ¡Y Mateo sólo había salido de su casa para estudiar, para crearse un futuro! ¿Para eso madrugó? ¿Para, eso había dejado hacía dos meses los cigarrillos? ¿Para ese destino salió hacia el tren, cuando llevaba una semana con la garganta roja y con los oídos pitándole? ¿Por qué no se quedó en casa, si no había dormido por culpa de la tos? ¿Por qué hizo Mateo el esfuerzo de salir a la estación, recién amanecido, sin curar su catarro?

Perdona, padre, perdona. No te quería seguir hablando del tema de mi amigo, que no es para angustiarte para lo que estoy aquí sentado, pero no me quito la obsesión de encima.

Te quería decir que he conducido al padre de Mateo, lívido, digno. Ha sido él, que no puede tenerse en pie, él, quien ha ido hasta los fragmentos de su hijo. (La madre parece que se ha quedado diluida en algún rincón de su casa

y ha cerrado a cal y canto sus cinco sentidos, y ya ni se acuerda de si tuvo hijo antes de ayer, o de si su cónyuge padece de Parkinson).

Nunca olvidaré la solemnidad, el dolor seco y callado, el golpe que ha reflejado el padre de Mateo en su cara, cuando sí que ha comprobado, sí, - (que hasta ahora no lo creía cierto)-, que 'aquello' que ha tenido que reconocer... ¡eran las partículas de su hijo!

Le he abrazado, me lo he llevado de regreso a mi coche sin que él lo haya notado siquiera, como si levitase al andar. Habrá sido sin duda la primera vez, desde que tiene Parkinson, que ese hombre haya avanzado sin temblor y sin arrastrar los pies.

El haber acompañado al padre de Mateo hoy, unido a la noche sin dormir, padre, tras llegar de haber estado deseando armonía en el mundo... me ha impulsado a hablar contigo. Hablar de nada, hablar de todo. Estar así, uno frente a otro, que me sabe a poco cualquier tiempo a tu lado.

Me ha dado por pensar, al ser noctámbulo, en tu gesto de entereza y de lucha, cuando a mí me operaron y pocas horas después sufrí una hemorragia interna. Cómo apretaste la mano de mamá, cuando me pusieron la cuarta bolsita de transfusión de sangre todavía en la habitación del hospital, esa

sangre que otros habían dado por mí-. He recordado cómo tragaste saliva cuando me llevaban al quirófano, consciente aún, para abrirme de lado a lado y buscar por dónde se me estaba acabando la vida.

Me contó después mamá, cuando me restablecí, que tan pronto salió mi camilla desapareciste de la habitación del hospital. Ella no tenía fuerzas para seguirte por el pasillo, a pesar de que te vio, paso a paso, con tu disquinesia exacerbada, alejarte hasta el vestíbulo.

Te fuiste sin decir ni pío a la planta de donación de sangre. Y volviste demudado a la habitación donde pronto iban a devolverme, lleno de tubos pero sano y salvo. Mamá, que ya no tenía aparentemente más capacidad de miedo y susto, al estar yo en el quirófano... ¡sintió un interno síncope, al verte aparecer por la puerta de la aséptica habitación! Porque venías hundido y ella no sabía que habías pretendido donar sangre y que por estar medicándote contra el Parkinson, habían rechazado tu oferta. (¡Tú, padre, tú sin dar de tu sangre! ¡Tú, que fuiste donante durante tantos lustros del grupo sanguíneo más necesitado!).

Y llegaste a aquella habitación, arrastrando tu lado izquierdo, retorcido, triste, pesando que ésa era la patada más grande que el Parkinson te había dado: obligarte a permanecer quieto cuando otros, desconocidos altruistas, habían donado su plasma para salvar a tu hijo.

Y hoy yo, después de dejar al padre de Mateo de vuelta en su triste hogar, he querido ser donante, como antes lo hice alguna vez. Me han dicho también que no, como a ti, a causa de las pastillas que a diario tomo. Y he comprendido de golpe lo que habrías sentido aquel día.

¿No poder donar tu fluido vital, tu vida misma, para devolver la salud a un hijo de cualquier persona?

No he dejado de pensar en tu pesar, padre, confundido con el dolor del padre de mi amigo. Se me ha venido encima la admiración que siento por ti, padre. Y por eso te digo: gracias, gracias, gracias. Por el buen humor con que llevas a diario tu gran problema. Por ser tan dócil cuando llega el momento de tomar las pastillas y no hacer a mamá insistir para que te las tomes. Por hacer el esfuerzo de pedalear en la bicicleta fija. Por leer tanto para mantener tu mente abierta y seguir siendo un águila.

Padre, nos explicas a veces, para que no nos apuremos por tu enfermedad, que la libertad, la aventura, la tienes en tu cerebro. Que el oasis de un hombre se encuentra en un buen estado de ánimo. Yo añado: ¡tú eres un atleta! No, no, no me equivoco: ¡eres un atleta por tu forma de ser, por tu lucha, porque no la pagas con los que estamos alrededor de ti, porque al final eres tú quien nos consuelas a los demás.

El cuerpo en forma, no lo es todo. No hace falta que dones sangre, ya lo hiciste durante tantos años. No hace falta que asistas a manifestaciones en pro de la paz. La paz empieza en el núcleo de nuestra casa, y tú colaboras a ella con tu entereza, con la simpatía que pones cuando el efecto de tus medicamentos se pasa y entonces ruedas la lengua y no entendemos tus palabras. Te admiro por el chiste que haces cuando tienes dificultad en pronunciar vocablos. Te admiro por apretar la mano de mamá y la mía cuando llegan mal dadas.

Para decirte 'gracias', estoy sentado aquí, te repito. Y, como ves, no he dejado de charlar. Te volveré a dar una paliza retórica, de éstas mías, el próximo día diecinueve. ¿Crees que puedo olvidar el día del padre, el día de un padre excepcional que tiene Parkinson?

Padre, ya viene mamá con unos cafelillos para los tres. Tomémoslos juntos, en silencio, sin atragantarnos por las lágrimas. A mi amigo Mateo ya no podré llamarle a este número que tengo en la memoria de mi móvil, pero no voy a borrarle de mi agenda. ¡Iré a visitar a su padre la semana próxima!"